

entorno exterior y a la influencia de los objetos en el proceso de desarrollo del yo.

Si la teoría psicoanalítica clásica del yo ha conducido a una mejor comprensión de sus funciones adaptativas y, en especial, al conocimiento de la estrecha relación entre el yo y la realidad, es evidente que una dimensión importante del problema de la *realidad* es la cuestión de las relaciones de objeto. Existen, pues, aparte de las diferencias (Meissner y cols., 1982), muchas zonas de coincidencia entre los teóricos británicos de las relaciones de objeto y los seguidores de la teoría psicoanalítica americana del yo. El trabajo de Heinz Kohut (1913-1981) sobre *alteraciones de la personalidad narcisista* (1971) y el de Margaret Mahler (1920), sobre el proceso de *simbiosis-separación* de la madre (1975), son buenos ejemplos de la afinidad entre ambas perspectivas.

Como afirma Steele (1985), la psicología del yo y la de las relaciones de objeto son en gran parte complementarias. Ambas se refieren principalmente al desarrollo y estructura del yo, y mientras la primera pone el énfasis en el funcionamiento *normal* del adolescente y el adulto, los teóricos de las relaciones de objeto se han centrado en la primera infancia y su relevancia en el funcionamiento *patológico*. Finalmente, otra característica fundamental les es común: la focalización en el desarrollo individual y el papel periférico asignado a la sociedad como tal en el desarrollo del psiquismo. Ésta será, en contrapartida, la tarea que asumirán los *neopsicoanalistas*, representantes del psicoanálisis cultural.

2.3. El psicoanálisis cultural

El psicoanálisis cultural, llamado también neopsicoanálisis, es un producto genuinamente americano. Así como la tendencia de la psicología del yo fue una producción más europea, en manos de autores como Hartmann, E. Kris (1900-1957), Loewenstein y D. Rapaport (1911-1960), el neopsicoanálisis apareció naturalmente en EE.UU. Nació allí, independientemente del origen de sus autores, en coherencia con el florecimiento del conductismo en los años veinte y de las ciencias sociales a lo largo de la década de los treinta. Diversas escuelas de pensamiento psiquiátrico o psicológico, sin aparente relación entre sí, tienen en común el interés por el componente social.

La tendencia a proyectar el psicoanálisis sobre las ciencias sociales se encontraba ya presente en un grupo de escritos de Freud re-

feridos a los fenómenos culturales. Esta tendencia se inicia con *Totem y tabú* (1913) y se continúa en su *Psicología de grupo y análisis del yo* (1920), en *El porvenir de una ilusión* (1927) y en *El malestar en la cultura* (1930).

El interés de Freud por los factores sociales fue en aumento a lo largo de su vida debido a la dramática situación política en Europa Central tras la catástrofe de la Primera Guerra Mundial y, especialmente, por causa del progresivo auge del nazismo. Su libro *Moisés y el monoteísmo* (1939) culminará el ciclo donde se muestran estos dos intereses: el análisis de la individualidad y el de la sociedad a través del método psicoanalítico.

Con todo, el psicoanálisis freudiano y el neopsicoanálisis han postulado, no sólo dos clases de relaciones diferentes entre individuo y sociedad, sino, en buena medida, con sentidos opuestos. Dice Wolman (1975) que si alguien le hubiera preguntado a Freud por la naturaleza de la cultura humana, probablemente hubiera respondido que la naturaleza humana era la base de la cultura, y que la psicología del individuo era la puerta para el estudio de la cultura. Si alguien, en cambio, hubiera preguntado a los neopsicoanalistas como Fromm, Horney o Sullivan sobre la condición de la naturaleza humana, seguramente habrían respondido que la naturaleza humana es un producto de la cultura y que, en definitiva, la cultura es el determinante de la personalidad.

Las tesis de Horney, Fromm y Sullivan se enraízan en el freudismo, pero las características que les unen son precisamente aquellas que les separan de Freud y que, según Ellenberger (1976), pueden resumirse en las siguientes: 1) Niegan el concepto de la libido con sus estadios y cuando mantienen el complejo de Edipo le dan una interpretación distinta. 2) Restan importancia al papel del instinto innato y prestan más atención al del ambiente, particularmente al de las relaciones interpersonales. 3) El hombre ya no se concibe como un ser naturalmente ansioso y destructivo. En lugar de los conflictos entre el yo, el ello y el superyó, analizan los patrones corrientes de conducta neurótica en forma de estilos neuróticos. 4) Se reduce notablemente el papel decisivo atribuido a la sexualidad. 5) Se acentúa, por el contrario, la importancia de los impulsos de autoafirmación y de carácter competitivo. 6) Se reduce la relevancia de los análisis de los sueños y los símbolos. 7) La terapéutica, aunque todavía se denomina psicoanalítica, difiere sensiblemente de la típicamente freudiana. Con ellos se apunta más al presente que al pasado, más a las relaciones interpersonales que a las intrapersonales y, finalmente, no consideran primordial la asociación libre ni el uso del diván.

Los neopsicoanalistas no constituyen una escuela, pero puede decirse que sus consideraciones sociológicas y antropológicas son su denominador común. Todos ellos han evolucionado desde el punto de vista constitucionalista hasta el de los aspectos ambientales de la personalidad, desde los factores genéticos al situacionismo y desde el análisis monocultural de la Humanidad al policulturalismo (Wolman, 1975). Consideraremos a Sullivan, Horney y Fromm con algún detenimiento porque, aunque su relevancia en la teoría y práctica psicoanalítica no haya sido capital, sí han sido, en cambio, grandes referentes en el ámbito de la cultura.

2.3.1. Harry Stack Sullivan (1892-1949)

Sullivan nació en Norwich (Nueva York). Formado en la psicobiología de A. Meyer (1866-1950) y en el psicoanálisis clásico, fue altamente influido por científicos sociales como R. Benedict (1887-1948), Ch. Cooley (1864-1929), E. Sapir (1884-1939) o M. Mead (1901-1978). Sullivan ya había formulado la mayor parte de sus principios básicos durante la década de 1920 y principios de la de 1930, es decir, años antes de que aparecieran en la escena americana K. Horney, F. Alexander (1891-1964), E. Erikson o E. Fromm. Sobre todos estos autores, sobre la psiquiatría interpersonal y sobre el psicoanálisis cultural ejerció una notable influencia.

Considera la personalidad como inseparable de la vinculación del individuo con los otros, por lo que centró sus análisis en las relaciones interpersonales —«La personalidad es un patrón de situaciones interpersonales recurrentes» (1953)—. Su sistema del *sí mismo* es una organización estable de procesos interpersonales a partir de la cual el concepto de uno mismo está condicionado por la valoración refleja de los juicios de los padres y personas cercanas durante la primera infancia.

Así, denomina *personificaciones* a las imágenes que el individuo tiene de sí mismo y de los otros, y que obedecen a efectos más o menos distorsionados de la percepción, la memoria y la lógica. Su clasificación sobre los modos de vivir la realidad (sintácticos, paratáxicos y prototáxicos, todos referentes a la relación con los demás) ha sido olvidada actualmente, pero son todavía atractivos sus conceptos de la ansiedad vinculada con los sentimientos de desaprobación recibidos de los otros. También son apreciados sus conceptos sobre los estadios del desarrollo de la personalidad como un crecimiento de las experiencias personales desde la infancia a la vida adulta. Este progreso se produce en un determinado contexto cultural que es siempre una

red de relaciones interpersonales, organizadas de múltiples y sutiles formas, en las instituciones sociales. Por otra parte, casi desde el comienzo de su carrera, Sullivan subrayó la necesidad de un enfoque interdisciplinar para una comprensión más profunda y global de las relaciones interpersonales.

En cuanto a la psicoterapia, Sullivan no utilizó en la mayoría de los casos el diván; hacía que sus pacientes se sentasen en una silla frente a él. Hizo un uso también moderado de la asociación libre o de la interpretación de los sueños, y no dudó en intervenir activamente (en especial con sus pacientes obsesivos y esquizoides) tratando de que éstos se dieran cuenta de sus distorsiones.

2.3.2. Karen Horney (1885-1952)

Karen Horney nació en Hamburgo. Después de graduarse en Medicina se hizo miembro del Instituto Psicoanalítico de Berlín en 1920. Allí estuvo en contacto con la primera generación de psicoanalistas, pero ya en aquella época, y bajo la influencia de Adler, se mostraba decepcionada de algunos de los principios freudianos. En 1933, F. Alexander la invitó a colaborar con él en el Instituto Psicoanalítico de Chicago en calidad de directora asociada. Dos años después se trasladó a Nueva York, pasando a ser miembro de la Sociedad Psicoanalítica de esta ciudad y, tras la Segunda Guerra Mundial, en 1941, fundó con Clara Thompson el Instituto Americano de Psicoanálisis. Desde entonces hasta su muerte, en 1952, siguió abriendo *Nuevos caminos al psicoanálisis* (1939).

Formuló su teoría de la conducta humana basándola en dos fundamentos: la *seguridad* y la *satisfacción*. La satisfacción se halla en la línea de las teorías de Freud y representa una nueva versión del principio freudiano del placer. El fundamento más importante, sin embargo, es la seguridad, ya que el hombre no podrá gozar de la satisfacción de las necesidades a menos que se sienta aceptado. La búsqueda de seguridad o aceptación sería así el principio que rige la conducta humana, y la falta de aceptación produciría la *ansiedad básica*.

El niño respondería a la ansiedad básica mediante el desarrollo de alguna estrategia de conducta, las *tendencias neuróticas*, en un intento por superarla. Esta estructura de carácter que surge de la reacción a la ansiedad básica (y no como sostenía Freud de una frustración del instinto sexual) explica los síntomas neuróticos.

Horney reconoce sólo una neurosis general con varios tipos de desarrollo: el complaciente o sumiso, que se intenta ganar la acepta-

ción de los demás atendiendo sus deseos; el agresivo, guiado por la voluntad de poder, y el de retirada o soledad, en el que la persona neurótica, incapaz de enfrentarse con los demás, intenta evitarlos. Evidentemente, el denominador común de las tres tendencias neuróticas es la desadaptación social (*La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, 1937).

En sus últimos libros, escritos sobre todo para el gran público, siguió perfeccionando sus conceptos sobre los procesos neuróticos; asimismo, estudió las soluciones mejores contra la autodestrucción y los cuadros clínicos de los caracteres masoquistas, perfeccionistas y narcisistas. Se anticipó, además, al concepto de alienación, y su pretensión de que la psicología femenina no se entiende debido a la tendencia masculina prevalente en el psicoanálisis la honra con el papel de pionera en el movimiento de liberación de la mujer y de la *perspectiva feminista* del psicoanálisis.

2.3.3. Erich Fromm (1900-1980)

Su teoría, según la expresa en varios de sus famosos libros (*El miedo a la libertad*, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, *Ética y psicoanálisis*, etc.), es un neopsicoanálisis influido decisivamente por la sociología y la filosofía marxistas.

Fromm critica la teoría de los impulsos de Freud basándose en la diferencia entre el instinto de los seres humanos y de los animales. El desarrollo del ser humano tiene lugar de forma completamente distinta al de los animales y con la libertad como máximo fin. Fromm considera así la neurosis como un mal uso o huida de esa libertad y distingue varios tipos de mecanismo neurótico a partir de una serie de impulsos: 1) el impulso de sumisión desinteresada a la autoridad, 2) el impulso ansioso de poder, 3) el impulso de destrucción, y 4) el impulso de conformidad automática. En su opinión, cuando una persona se aparta del objetivo de la libertad, se encamina hacia estas clases de ajuste existencial improductivo. Habla, por otra parte, de un carácter productivo dirigido hacia el amor de los otros y la creatividad, siendo sus principales rasgos la búsqueda del bienestar de sus semejantes y la acción solidaria.

Durante los años treinta, Fromm, nacido en Alemania, enseñó en el Instituto de Psicoanálisis de Frankfurt y colaboró en las investigaciones de la Escuela de Frankfurt, donde tomó contacto con Marcuse, Adorno (1903-1969), Horkheimer y Walter Benjamin. Progresivamente se fue alejando de la ortodoxia freudiana, a la que reprochó, principal-

mente, no tener en cuenta los factores socioeconómicos como generadores de neurosis, y estimando al *marxismo*, indispensable para un buen conocimiento del hombre como ser social. En 1933, a partir del ascenso de Hitler al poder, emigró a EE.UU., donde prosiguió sus trabajos con Horney, Sullivan y Thompson, lo que le valdría ser considerado como un representante de la escuela culturalista o neofreudiana. Fromm rehusó esta etiqueta, al igual que la afiliación a cualquier escuela o movimiento, y no se sintió siquiera vinculado a pensadores como Herbert Marcuse (1898-1979) o Wilhelm Reich (1897-1957), próximos a sus planteamientos. Siempre prefirió considerarse a sí mismo como un «humanista dialéctico» (1970).

Afanado por ayudar a los hombres a ser ellos mismos en una sociedad más justa, desarrolló una actividad intensa con más de 20 libros y numerosos artículos sobre los asuntos más diversos, desde el budismo al feminismo, desde la burocracia a los problemas de desarme. Como dice Roland Jaccard en su *Historia del psicoanálisis* (1982), «pocos psicoanalistas han sido tan curiosos y tan sensibles al mundo exterior como él».

La corriente neopsicoanalista se prolonga con otros autores como Thomas French, Clara Thompson, Sandor Radó (1890-1972), Theodore Reik (1888-1969) y Abraham Kardiner (1891), siempre en EE.UU. En Europa, el único autor que se autodenominó neopsicoanalista fue Harald Schultz-Hencke (1892-1953), que fundó una escuela propia en Alemania. De todos ellos puede decirse lo mismo: ninguno de los neopsicoanalistas estaba suficientemente equipado para levantar un castillo teórico alternativo al que edificó el talento de Freud. Las importantes aportaciones de Sullivan, Horney y Fromm no fueron capaces de sugerir un sistema de hipótesis metodológicamente superior al de Freud o mejor dotado de pruebas empíricas. Al cabo, tampoco consiguieron permanecer dentro de los límites de lo denominado «psicoanálisis» y terminaron abandonando la Asociación Psicoanalítica Americana.

2.4. El psicoanálisis hermenéutico

El psicoanálisis hermenéutico constituye el retorno a Freud. La hermenéutica (la interpretación) se halla en el núcleo de la doctrina y de la técnica freudianas: «Se podría caracterizar al psicoanálisis por la interpretación, es decir, por la puesta en evidencia del sentido latente de un material» (Laplanche y Pontalis, 1971, 208). Precisamente, hasta teóricos críticos como Habermas (1971) y Radnitzky (1973) han reco-